

Javier de Viana



En la Orilla

textos.info
biblioteca digital abierta

En la Orilla

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7595

Título: En la Orilla

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 23 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 23 de agosto de 2022

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ des Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

En la Orilla

Al eximio pintor nacional Pío Collivadino.

Casi en seguida de cenar, apenas absorbidos dos cimarrones, Santiago abandonó el balcón y fué á recostarse al cerco del guardapatio, recibiendo con fruición la gruesa garúa que no tardó en empaparle la camisa. Con el cuerpo en actitud de absoluto abandono, con el chambergo en la nuca, tenía la mirada persistentemente fija en el horizonte oscuro.

En su mente de baqueano desarrollábase, con precisión de detalles, todo el paisaje borrado por las sombras: la loma acuchillada; un cañadón pedregoso, tras el cual el alambrado y la cancela, abriéndose sobre el camino real que corre, casi en línea recta, cosa de cinco leguas hasta el fangoso y temido paso de la Espadaña en el sucio Cambaí; después, cortando campo —y cortando alambrados— se podía, en cuatro horas de buen galope, ganar la frontera brasileña; en total, unas veinte leguas, una bagatela, no obstante estar pesados los caminos con la persistente llovizna de tres días...

Más de veinte minutos permaneció Santiago en muda contemplación; y más tarde, trasponiendo el guardapatio, fué hasta donde pacía, atado á soga, su *doradillo*. Le tanteó el cogote, le palmeó el anca, le acarició el lomo, y volvió, con calmosa lentitud, hacia las casas. Penetró en su cuartito; puso sobre el cajón que le servía de baúl el cinto, la pistola y el facón; armó y encendió un cigarrillo y se tiró vestido, boca arriba, sobre el catre de cuero, aflojándole la rienda al pingo de la imaginación.

Estaba tranquilo. La agitación febril de los días anteriores desapareció cuando su espíritu se hubo detenido en una resolución irrevocable: Bonifacio no se casaría con Josefa por la suprema razón de que los muertos no pueden desposarse.

En cuanto á ella... Á ella pensó matarla igualmente, pero el cariño se le atravesó por delante, defendiendo á la ingrata... Ella que viviese, que

fuese feliz—si se lo permitía la conciencia,—pero no con aquel hombre que había sido su mejor amigo, su camarada inseparable, su hermano de corazón... y le había robado el amor de su prenda!...

La evocación de este recuerdo agitó violentamente al gauchito, que supo serenarse en seguida. Se levantó, y andando con paso tranquilo fué hasta el galpón. No había nadie allí: en un rincón, rojeaba el trashoguero rodeado de tizones apagados; al lado, la caldera y el mate; junto á éstos, con el hocico entre las cenizas tibias, dormitaba el gran perro barcino. Satisfecho, Santiago exclamó:

—¡Va güeno!...

Con el mismo paso firme y lento fué en busca de su *doradillo*, lo recogió de la soga, y, luego de ensillar prolijamente, lo ató de la rienda á un poste del guardapatio. Hecho eso, volvió al cuarto, se colocó el cinto y las armas, se echó al hombro las maletas y el poncho, y disponíase á salir cuando un bulto blanco apareció en la puerta.

La lluvia había cesado y, á la relativa claridad del cielo, Santiago reconoció á Josefa... ¿Qué iba á hacer allí á horas semejantes?... Ella lo empujó hacia el interior de la pieza y, echándole los brazos al cuello, díjole con voz llorosa:

—¿Qué vas á hacer, Santiago?... ¡El viejo Paulino me ha contado todo!... ¡Vas á matar á Bonifacio!...

Él quiso rechazarla, pero los brazos y el aliento de ella lo quemaban.

—¡Déjame, Josefa! ¡déjame!—suplicó.

—¡No! ¡no!—yo no quiero que hagas eso, yo no quiero que te perdás por mí!... Por mí, que te he querido, que te quiero siempre!...

—¿Vos, Josefa, vos, que te vas á casar con él!—interrogó el mozo, casi rendido; y ella, cariñosa, mimosa, felina, respondió:

—Hay que comprender la vida, queridito... Yo no tengo nada, vos tampoco... él es casi rico, es mayordomo de la estancia, tiene ganados, hace lo que quiere... ¿comprendés?...

Santiago la apartó de sí con un gesto brutal y dijo rabiosamente:

—¡Compriendo!... Compriendo qu'he sido un animal queriendo á una yegua como vos, que me ha empujao hasta la orilla del crimen!...

—¡Santiago!... ¡Santiago!—clamó ella; y él, apartándola con mayor violencia, exclamó:

—¡Quedate con él, casate con él y harán una yunta pareja!... ¡Tienen el alma igual, negra como hollín, falsa como rial de estaño!... ¡Ni él ni vos valen una bala de mi pistola!...

Y con paso rápido, Santiago salió, llegó al guardapatio, montó á caballo y partió al trote rumbo á la portera de la cañada pedregosa, rumbo al Cambaí, rumbo al Brasil, adonde llegaría antes de la hora calculada, pues iba alivianado de dos pesos grandes: una ilusión y un crimen!...

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó

de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.